

LA VIOLENCIA EN VENEZUELA 2011 SE RENUEVA

Y PROFUNDIZA

P. Alejandro Moreno SDB*

ABSTRACT:

During the past four years the violence in Venezuela has suffered some especially qualitative changes of importance on which we should reflect. Quantitative changes do not produce surprise because we have been long time contemplating expansion sustained, a spiral which was foreseeable enlargement and of it we can only certify the fact. There has been no significant changes in the control measures but it is also important to be aware of this because the danger do not offset. The qualitative changes tell us about new forms of violence, new motivations, new complexes of victims, deepening in cruelty, the loss of values and moral controls and more determination to commit their crimes.

KEYWORDS: *changing violence, new structural violent, life stories, delinquent behavior, respect, new cruelty, arbitrary violence*

1 - INTRODUCCIÓN

Con frecuencia muchos me preguntan cómo ha evolucionado la violencia en el país desde que en el Centro de Investigaciones Populares publicamos en su primera edición, hace ya cuatro años, el libro “Y salimos a matar gente”.

- * El P. **Alejandro Moreno Olmedo** nació en Torralba de Oropesa - Toledo (España), en 1934. Pronto vino a Venezuela, estudiando en seminarios salesianos de Caracas y luego en Italia. Licenciado en Psicología (Summa cum Laude), U.C.A.B., 1967. Especialidad en Psicología Educativa, Univ. Complutense, Madrid, 1975. Magister Scientiarum en Psicología, U.S.B., Caracas, 1979. Doctor en Ciencias Sociales, U.C.V., Caracas, 1993. Profesor Titular, Fac. Educación, Univ. de Carabobo (Jubilado). Ha sido profesor de Psicología del Aprendizaje, UCAB-ISSFE, Los Teques. en Postgrado, UPEL, Maracay. Profesor invitado, Univ. del Sur Argentino, Bahía Blanca, Argentina, desde 1990. Fundador y Director del Centro Salesiano de Psicología, 1967-73, 79-82. Fundador y Director del Centro de Investigaciones Populares desde 1990. Entre sus principales publicaciones se cuentan: *El Aro y la Trama. Episteme, Modernidad y pueblo*, con varias ediciones. *Historia-de-vida de Felicia Valera. Buscando Padre. Historia de vida de Pedro Luis Luna. Y salimos a matar gente*. Ha recibido el Premio Mons. Pellín de Investigación (CEV) y el Premio Francisco de Venanzi al investigador universitario (UCV)

A lo largo de año y medio he venido exponiendo en mi columna quincenal de El Nacional, en conferencias, ensayos, algunos publicados otros no, y artículos los diversos aspectos que ha ido tomando el fenómeno en su progreso sostenido.

Si bien mi preocupación y mi metódica de trabajo son neta y claramente cualitativas, no por eso desdeño los aspectos cuantitativos de esta realidad que cada vez aumenta más en números y expansión. No me refiero sino a un tipo de violencia, la más letal de todas, la criminal.

En mis palabras reuniré esos trabajos dispersos, les daré cierta organicidad y me permitiré algunas reflexiones al respecto.

2. EN LO CUANTITATIVO

En forma muy resumida, los datos nos dicen que en lo cuantitativo, si comparamos la encuesta de victimización realizada por el INE el año 2006 con la que el mismo Instituto ha completado en 2009 públicamente conocida por filtraciones a la prensa (El Nacional), dado que supuestamente debiera haberse mantenido secreta, puesto que desde el año 2005 el Estado ha decidido no dar informaciones, hallamos que la tasa de homicidios por cien mil habitantes ha pasado de 49,60 a 75,08. Ha aumentado, pues, 25,48 puntos en tres años. En el área metropolitana de Caracas la tasa está, según esos datos, en 233 siendo que la tasa mundial gira en torno a los 9 puntos. Cifras estrictamente oficiales Y así, mientras los estudios de prestigiosos centros de investigación cuantitativa (OVV, Paz Activa) calculaban para el año 2009 un número de asesinatos que rondaría los 16.000, (para 2010, 17,500) las cifras del INE nos sorprendieron con la cantidad de 19.113; tres mil más. Si, por otra parte, consideramos que, según cálculos aceptados, por cada asesinado se producen tres heridos y de éstos uno de cada siete muere luego, lo que no entra en las estadísticas, la cifra aumenta casi en mil unidades. Como indica Luis Cedeño, de "Paz Activa", mientras las lesiones personales y las amenazas bajaron, quizás más bien bajó la denuncia, los delitos más graves aumentaron en un 70%. "Esto podría significar que los hampones prefirieron matar a sus víctimas antes que hacer advertencias". Al sintetizar en una cifra las muertes violentas acaecidas en Venezuela en los diez últimos años, hallamos que está en torno a las 145.000. Unos las calculan en 125.000 mientras hay quien las lleva hasta 150.000. El 85 por ciento producidas con armas de fuego. Actualmente cinco es el promedio de impactos que ostenta cada uno de los cadáveres. En estos días un motorizado de Las Minas de Baruta ha recibido

treinta y cuatro. En la Asamblea Nacional, la comisión pertinente ha dicho que en el país circulan entre nueve y quince millones de armas ilegales. Mucha imprecisión, mucho desconocimiento. Se suelen establecer comparaciones con las muertes acaecidas en el mismo tiempo en países en guerra o con serios conflictos bélicos. Así, en la guerra civil que duró diez años en El Salvador murieron la mitad de nuestras cifras en igual lapso de tiempo, unos 75.000.

La ampliación del fenómeno no se limita sólo a su aspecto numérico sino que se ha extendido a espacios que en otros tiempos parecieron protegidos. De las ciudades ha pasado a los pueblos, incluso los más pequeños, y a los campos. Hoy ningún lugar del país está libre de la violencia de todo tipo.

Hay que tener en cuenta, además, que buena parte de las muertes no aparecen en ninguna estadística porque simplemente no son reseñadas ni en la prensa ni en ninguna institución.

La primera vez que, después de seis años de silencio oficial, se ha oído a un representante del Gobierno ofrecer datos sobre la violencia en el país, ha sido por parte del Ministro del Interior en su comparecencia ante la Asamblea Nacional el 7 de febrero del presente año. Sus cifras, quizás muy sesgadas por la preocupación política, difieren notablemente de las mismas de la encuesta oficial a la que me he referido y de las de los centros más reconocidos de investigación en cuanto son notablemente inferiores. De todos modos son muy altas. Según él “la tasa de homicidios en Venezuela es de 48 homicidios por 100.000 habitantes, y sigue siendo alta porque está por encima de la media en Latinoamérica; esa es la verdad con cifras oficiales” (El Universal, 8 de febrero 2011).

El aumento cuantitativo de la criminalidad en Venezuela, constatado por todos los investigadores independientes e incluso por el mismo gobierno, no obstante sus esfuerzos por confundir, desinformar y camuflar la cifras, era de esperarse dado que un fenómeno de esta naturaleza dejado a sí mismo y sin intervenciones eficaces de control, tiende a expandirse por la misma fuerza de su dinámica interna. No por eso deja de ser preocupante.

3. CAMBIOS CUALITATIVOS:

3.1. DISMINUCIÓN DE LA EDAD DEL VICTIMARIO

Pero lo que más preocupa, si cabe, es el proceso de cambios cualitativos que se han venido dando y que anuncian un futuro muy angustioso.

Briceño León (El Nacional, 20 enero 2011), director del Observatorio Venezolano de Violencia de la UCV, después de indicar que la edad del delincuente venezolano oscila entre los 15 y 25 años, añade: “Sin embargo, hemos comenzado a detectar una significativa recurrencia de casos en los cuales el victimario tiene 14, 13 y hasta 12 años de edad”. Esto ya se venía produciendo desde hace algunos años. En nuestra investigación ya citada (Moreno, A., et Alt., 2007, 2009), uno de nuestros sujetos al que pusimos el nombre de Héctor dice: “Cuando tenía quince años, ya tenía seis homicidios” (id. 314). Había empezado a matar a los catorce, de modo que todos los había cometido (tenido, según él) en un año. Con eso confeccionaba la fórmula del “respeto” malandro: número de homicidios sobre número de años. Con una razón matemática con ese numerador y semejante denominador, se podía igualar con los más destacados (los más “cartelúos”), de su entorno y ser acreedor a mayor “respeto”, esa mezcla de consideración, aceptación, estima, valoración, exhibición de valentía, virilidad y capacidad de ejercer poder que constituye la más fuerte y firme motivación de la conducta criminal en el ánimo de todos nuestros sujetos. La novedad está en que esa disminución de edad se ha ampliado y cada vez son más jóvenes los victimarios. Esto lleva implicado un aumento en la inmediatez de la acción violenta, esto es, en una disminución de la latencia entre estímulo y respuesta, lo que supone un casi total anulamiento de los procesos de ideación, afectividad y valoración ética subjetivos de modo que el paso al acto, el conocido *acting out*, se vuelve casi automático y maquinal. El mismo Héctor confiesa: “A partir de ahí, me dieron una cachetá y le di cuatro tiros al chamo” (ib. 314). La misma impresión de mecanicismo automático deja otra de sus expresiones: “Entonces, bueno, me empecé fue a darle tiro a la gente” (ib. 323).

3.2. NUEVA FORMA Y CONDUCTA DEL COLECTIVO CRIMINAL

Todos los cambios cualitativos que se han venido produciendo en los últimos años son preocupantes por el futuro cada vez más incierto e inseguro que anuncian, pero uno de los más inquietantes es el cambio en la formación y acción del colectivo criminal que cada vez se amplía más tanto en su expansión numérica como en su capacidad de acción sobre más amplios colectivos de la sociedad.

Hasta hace poco la violencia tenía su forma de organizarse en cada barrio o comunidad popular. Permítanme describirla un tanto pues no conozco ningún otro que hasta el presente lo haya hecho. Mi exposición es fruto de la experiencia vivida y observada durante más de treinta años de convivencia en el barrio.

Sergio, démosle ese nombre, tiene veintinueve años. Ha superado el tope de edad, los veinticinco, que no pensó superar. La vida se le ha vuelto larga de repente. Ya no necesita sacarle todo el jugo en el instantáneo presente. Ahora tiene un aplomo y una seguridad en sí mismo que le permiten calcular con calma sus movimientos y programar sin agites. Es el mayor en edad y en respeto, el malandro fuerte del barrio. Con sus cinco panas, ninguno de los cuales supera los veintidós, secuestra, atraca, mata, fríamente y con decisión. Eso sí, fuera de la comunidad, nunca en ese espacio de convivencia, exiguo y abarrotado, en el que no pueden eludirse los encuentros y desencuentros por los estrechos callejones y las intrincadas redes de vecindad, paisanía, familiaridad, diversión, sufrimiento, complicidades de todo tipo y color. El grupo de panas actúa en forma independiente de otros grupos y por su cuenta.

Ellos tienen su comunidad y la comunidad los tiene a ellos. Una compleja trama de relaciones, afectos, vivencias compartidas y enfrentadas, atracciones y rechazos, solidaridades y conflictos, entrelaza la humanidad en la que el malandro y la gente sana comparten un mismo lugar de habitación.

Sergio y los suyos forman el primer círculo de la violencia en el barrio. Son una banda, pero una banda de panas. Nada de jerarquías ni de mando o imposición. El respeto, indiscutido, que es al mismo tiempo reconocimiento, adhesión, admiración, afecto y ejercicio blando de poder, forma la sangre de los vínculos.

Un segundo círculo, más amplio, de unos diez o quince jóvenes que no bajan de los catorce años ni superan los dieciocho gira en torno a ellos. Es el círculo de los aprendices. Se preparan para entrar en el primero o para formar el suyo con un pana mayor dueño del necesario respeto. Mejor que no, porque si lo forman estallará la guerra. Mientras tanto, cometen alguna fechoría solos o en pequeño grupo, incluso algún crimen que les vaya ganando respeto. A veces, son aceptados para algún delito, por ser menores de edad lo que les libra de las más graves sanciones, y así se entrenan con los ya profesionales. Como son poco expertos, fácilmente caerán presos en retenes de menores e irán adquiriendo experiencia. No todos llegarán a ejercer la profesión. Sólo los encaminados ya desde muy niños a la violencia y los más necesitados de apoyarse en otros.

El tercer círculo está constituido por unos veinte o treinta niños, entre los once y catorce años. Se la pasan en la calle sobre todo las primeras horas de la noche. Es el círculo de los observadores, los que aprenden por observación de modelos. Sergio y sus panas son modelos excelentes. Altamente exitosos, visten con ropas y zapatos de las mejores marcas, manejan tremendas motos con las que

recorren el barrio a toda velocidad y haciendo piruetas atrevidas sin tener en consideración a nadie y ni siquiera a los policías acostados que la gente ha puesto en la calle para ver si logra detenerlos y sobre todo cargan fabulosas pistolas al cinto unas veces abiertamente exhibidas, otras apenas cubiertas por unas chaquetas espectaculares. Sobre todo esa glock que llaman “la loca” y que puede cargar un peine de hasta treinta y dos balas y esa metralleta que le compraron el otro día al policía aquel. Esos chamos se portan suave con uno y le dejan jugar con el hierro un rato para ir perdiendo el miedo y aprender a manejarlo.

El tercer círculo se entrelaza con el segundo pero admira, observa y se fija sobre todo en el primero que es el que se proyecta como futuro ideal, el que atrae los deseos y el que despierta las más vívidas y poderosas fantasías.

Así, Sergio malandro de barrio puede con sus panas ganarse setecientos mil bolívares de los nuevos en un secuestro y gastarse cien de ellos en armas tales como tres pistolas ametralladoras Ingram y varias glock Estoy hablando de experiencia conocida.

Los aprendices del segundo círculo tienen en Sergio y sus panas un magnífico ejemplo de éxito, libertad y respeto, pero para ellos todavía es un círculo cerrado en el que sólo entran los bien armados, arriesgados y convives. Su tiempo no está completamente ocupado como sí lo está en el delito el de Sergio y los suyos. Es un tiempo en gran parte vacío y en el fondo aburrido pues ni estudian ni trabajan. Son, sin embargo, adolescentes que, como todo adolescente, tienen un futuro abierto y por construir. El camino que se les abre es el ya recorrido por Sergio y su grupo.

Los niños del tercer círculo, los observadores y merodeantes por la calle en el mejor de los casos van a la escuela por la sola mañana o la sola tarde. Si los adultos de casa están fuera buscando el sustento, la calle es el campo de formación vivencial en su discurrir cotidiano por toda clase de experiencias. Muchas de ellas son de y con armas, de y con drogas.

Estos tres anillos o círculos constituyen el esquema organizativo, espontáneo y no programado técnicamente, que se repite con multitud de variaciones en cada barrio o comunidad popular. Este no es el crimen organizado, es la violencia de modo, sentido y contenido popular.

Hasta ahora, era el primer círculo el que actuaba, diríamos que profesionalmente, y siempre fuera de su zona de residencia y lo hacían a la manera del

delincuente, esto es, en la forma más clandestina posible y nunca contra grupos numerosos o colectivos.

Sobre todo en Caracas, pero también en otras ciudades, hemos asistido a la ruptura de muchos de esos diques. Las primeras muestras se dieron con ocasión del cortejo fúnebre que acompaña a todo malandro difunto por las calles de la ciudad hasta el cementerio. La muerte de un delincuente, siempre constituyó todo un acontecimiento de ritos, disparos, música estridente, consumo de alcohol y drogas, desde la llegada de su cadáver al barrio, durante el velorio, en su traslado a la tumba y durante el acto del propio enterramiento, pero era un tiempo de tregua durante el cual el difunto era el centro de atención y no se permitían distracciones para la comisión de delitos.

Las cosas han cambiado. Antes, el cortejo al cementerio motorizadamente estruendoso, musicalmente estridente y humedecido más con alcohol que con lágrimas, se desplazaba sin detenciones —si acaso ante algún semáforo caracoleaban las motos y se empinaban en caballito— hasta su destino donde todo primero se exacerbaba y luego lentamente se aplacaba. Estos límites, dentro de los cuales se encogía el homenaje, han sido desbordados durante estos tres últimos años. Ahora el Sergio del barrio rinde homenaje al muerto haciéndose acompañar por todos los que puede de los aprendices y de los observadores además de otros compinches de los barrios cercanos de modo que forman una verdadera banda numerosa, aunque circunstancial para esa situación, y a lo largo del trayecto detienen de vez en cuando el cortejo para caracolear delante del féretro sus motos en homenaje al difunto, con lo que forman largas detenciones de vehículos a cuyos pasajeros desvalijan sin misericordia. Su número y el embotellamiento de vehículos hacen imposible cualquier intervención de la policía si es que ésta en algún momento es informada de lo que sucede y está dispuesta a intervenir.

Las honras copan espacio, buscan más “respeto”, mayor exhibición de gloria y poder, como corresponde a un héroe que ha pasado a la eternidad. Ya no es suficiente el honor que le rinden los panas; tiene que rendírsele el más amplio público, aunque éste no lo quiera o se disguste. Para eso, para imponerse, han nacido y vivido los héroes y mayor es su poder de muertos que de vivos. El cortejo ahora se planta en medio de cualquier calle o autopista. Detiene y retiene, así, a una multitud ante la que muestra su devoción, su barroco ritual, la exaltación de su héroe. Pero, como un héroe siempre es ejemplar, modela conductas que deben ser ejecutadas por todos los que lo veneran, y deja inconclusos proyectos e irrealizados sueños que deben llevar a cumplimiento quienes le siguen, parte esencial

e intrínseca del homenaje consiste en hacer lo que él hizo en vida, malandrear. Poseídos por el espíritu del héroe ejecutan sus mandatos: roban, asaltan, atracan y, si es necesario, hieren o matan.

Hoy ya se ha dado un paso más; se han desbordado los límites del homenaje mortuario y han empezado a aparecer grandes bandas que bloquean el tráfico con sus rugientes motos con la única razón de facilitar el robo y la violencia sobre una muchedumbre absolutamente cautiva, aterrada e imposibilitada de moverse o defenderse. La violencia delictiva se ha desprendido del rito, del modelo y del héroe y marcha por su cuenta sin necesidad de justificación, sin límites y sin barreras.

La violencia en grupos grandes y a grupos grandes se ha generalizado en estos últimos años. Cada día varios autobuses urbanos e interurbanos son asaltados y todos sus pasajeros expoliados. En un alto porcentaje de los casos hay disparos y algún muerto.

Todo esto me hace recordar a Marcola, el jefe máximo del llamado Primer Comando de la Capital, quien mantuvo en jaque a la ciudad de Sao Paulo durante tres días con sus bandas de criminales produciendo centenares de muertos, quema de establecimientos y de bancos, paralización del comercio y las escuelas y hasta de la circulación. Esto sucedió en mayo del 2006. En mayo también del pasado año, esta vez en Jamaica, un capo del crimen desata una guerra durante varios días en la que mueren más de setenta personas. El 25 de noviembre es en Río de Janeiro donde ochocientos soldados, trescientos agentes federales y toda la policía de la ciudad, provistos de carros blindados y helicópteros, desatan una verdadera guerra contra las bandas. Sobre lo que acontece en México no es necesario hablar porque es bien conocido. En Caracas pareciera que estamos empezando. Ya se han dado auténticas batallas aunque todavía limitadas. Setenta delincuentes se enfrentaron con la policía en El Cementerio durante tres días no hace mucho. Pareciera que estamos entrando en esa espiral de violencia masiva que amenaza con desatar auténticas guerras civiles, por ahora de corta duración, entre los delincuentes y el Estado, en la que ya han entrado esos países.

3.3. NUEVAS FORMAS DEL CRIMEN

Cambios profundos y muy inquietantes se han dado también en las formas que ha ido adquiriendo el crimen. En nuestra citada investigación ya habíamos constatado diferencias cualitativas muy significativas en el tipo de asesinato, el modo de ejecutarlo y sus motivaciones entre los asesinos de mayor edad y los

más jóvenes, los nuevos. En éstos se percibía una tendencia al asesinato indiscriminado, una creciente crueldad en su realización y la ausencia de motivaciones que mínimamente lo explicaran. Semejante tendencia se ha convertido hoy en la modalidad dominante pues no deja huellas precisas, el criminal tiene tiempo para huir dada la gran confusión que causa en el grupo y no se expone a que lo sigan

3.3.1. Indiscriminación

En la actualidad el asesino no discrimina a su víctima. Dispara contra el grupo en que el supuesto objetivo se encuentra ya sea en una fiesta, en una reunión a la puerta de una casa, en la parada del autobús. Como dicen frecuentemente los testigos: “llegaron disparando”. Es la violencia desatada contra el grupo sin consideración ninguna. Ha habido semanas en que la prensa ha reseñado hechos así en algún lugar cada uno de los siete días.

3.3.2. Motivación banal

La motivación absolutamente banal explica un alto porcentaje de crímenes. Espiguemos algunas noticias de prensa: un intercambio de palabras más o menos airadas, haber tropezado a otro sin querer, negar un cigarrillo, no prestar diez bolívars, negarse a vender una cerveza, por vestir bien y dar envidia, por caer mal, por una mirada (¿Qué me ves?), por pedir que bajen el volumen de la música, la venganza por razones fútiles, el fracaso en un intento de robo, simplemente porque sí, por diversión, aunque pueda parecer increíble, por ganar “respeto”, por obtener cartel. Es el crimen porque sí, porque a uno “le sale”, porque le place, por mantener y aumentar un record o simplemente por querer hacerlo.

3.3.3. Crimen arbitrario, sin límites e incomprensible

A esto hay que añadir el crimen por el disgusto que algo le ha producido al victimario el cual, armado, no reprime en ningún momento el desencadenarse de su ira, la deja estallar y mata. Mi limitado catálogo personal, sólo para la ciudad de Caracas y sus inmediatos alrededores, suma ya, mayo 2011, 50 casos de este tipo para lo que llevamos de año.

En esto creo que es bueno abundar porque como fenómeno tiende a extenderse sin limitaciones. Tengo en mi computadora una carpeta rotulada como “violencia arbitraria 2010”. En ella he ido coleccionando las reseñas de crímenes injustificados que durante ese año han ido apareciendo, solamente para Caracas, en dos periódicos nada más. Al final del año sumaban 56. No están todos. Quizás lleguen a la mitad pues sólo empecé a recolectarlos cuando percibí que aumentaba su número. Son muy variados: desde matar al niño para que sufra quien lo

lleva de la mano hasta dispararle a quien negó un cigarrillo. Acciones similares aparecen también de vez en cuando en países europeos o en U.S.A. En esos lugares, al final, suelen suicidarse los criminales o son apresados; los nuestros abandonan impávidos el lugar. Ambos saben lo que les espera: severo castigo allí, impunidad absoluta aquí.

Salirse de todo límite, de toda frontera, es característico de nuestros malandros jóvenes. Héctor es modélico: "...la jeva me pichó al mario y lo agarré y le di siete tiros en la cara; hasta fui al velorio d'él y todo, lo ví, le di el sentido pésame a uno y todo. (...) ...bajé, entonces le di un poco e tiros en la cabeza y a raíz de ahí, bueno, seguí teniendo homicidios. (...) ..me dijo que estaba al frente, traquéé la pistola, fui hacia él, le dije unas palabras y le di nueve tiros en la cara. (...) El hombre estaba de espaldas, le tocamos la espalda, él se voltió y le dimos dieciséis tiros". El límite es la carga que tenga la pistola. El rostro, la mirada del otro hombre, que, según la más clásica antropología, debería detener o por lo menos hacer vacilar al agresor, no pone diques a la violencia desatada. El impulso liberado de cualquier atadura. La muerte del otro y la acción mortal son una decisión simple. No se explican, no se justifican, no se dan razones; sencillamente, se ejecutan.

Extralimitación y extremosidad van juntas. Se rompe todo dique y se llevan el impulso y el deseo hasta el máximo posible de realización. No basta un tiro, se descerraja todo el cargador hasta donde da su posibilidad física. Si eso se puede hacer, porque no hay control externo —del Estado, de la sociedad, de las instituciones— que norme de hecho y de verdad el deseo sin control interno, se hará, y a medida que pase el tiempo, por un simple proceso de expansión contaminante, aumentará el número de quienes lo hagan.

El relajo, en el extremo sentido de este término, la orgía, se extiende a todo deseo y a todo impulso: orgía de muerte, orgía de sexo, orgía de droga y, sobre todo, orgía de poder.

Quizás lo más aterrador de la violencia actual no sea precisamente la violencia misma sino la abundancia de hechos criminales a los que no se les puede atribuir ningún significado. Un mundo dominado por el absurdo violento aterradora porque no deja posibilidades a la razón orientadora, a la salida del jaque perpetuo, a una mínima tierra donde poner los pies. No estamos hechos para vivir en un aire donde broten las balas como vuelan las mariposas. El terror cambia la forma de vivir. Esto se ha dicho mucho pero no es vano insistir en ello. Las formas de vida ciudadana hace ya tiempo que fueron cambiadas. La gente empezó a aislarse encerrada en refugios enrejados, a limitar el disfrute de sus más

elementales derechos a la relación gozosa con familiares y amigos, a desconfiar de organismos e instituciones encargadas de asegurarle la permanencia en el mundo de los vivos. Si esto sucedía en las grandes ciudades, la periferia de las menores y los pequeños pueblos tradicionales estaban exentos de tanto miedo y en sus ambientes todavía podía discurrir la vida placenteramente. También allí se terminó el encanto. ¿Quién se atreve hoy a sentarse a la puerta de su casa a recibir el fresco del atardecer mientras se conversa de chismes y acontecimientos pueblerinos si pueden pasar, en cualquier momento, unos motorizados y disparar contra todos sin ton ni son, sin razón y explicación comprensibles?

Pero no se puede vivir sin comprender. La gente no tiene más remedio que atribuir, que buscar un sentido que supere la sinrazón. No le queda sino recurrir a la arbitraria fuente productora del arbitrio, al impulso irracional, a asumir la locura como si fuera razón explicativa: el antojo, el capricho, las puras ganas.

Habría que añadir aquí la violencia policial, la que reina en las cárceles, la violencia escolar, la violencia de género (500 mujeres asesinadas en 2010 según la Fiscalía), la violencia por venganza y enemistad (62 casos en lo que va de año según mi registro personal sólo en Caracas) y muchas otras.

3.3.4. La violencia criminal como proyecto de vida

Sin embargo, los estudiosos de la motivación humana, algunos psicoanalistas en particular, nos han hecho ver que desde muy temprano, incluso desde que nos pegamos las primeras veces al pezón de los pechos maternos, comenzamos a trazar nuestro proyecto de vida, a tomar decisiones, fuera de toda consciencia pero sólidas y definidas, que regirán luego nuestra manera de situarnos en la vida y actuar en ella.

Cuando las decisiones primeras marcadoras del futuro se construyen sobre la experiencia de la vivida inhumanidad de una madre abandonante, como hemos señalado en las investigaciones del CIP, la vida se estructura orientada a lo inhumano.

Si un proyecto así está claro, bien definido y afirmado, sencillamente inscrito en la propia historia, en el desarrollo personal desplegado en el tiempo, las decisiones concretas en el momento son simples y la ejecución automática, sin mediación de palabras, conceptos, imágenes, percepciones o sentimientos. Esto puede parecer un antojo, pero es una decisión sin tiempo intermedio. Decisión querida y voluntaria y por eso más aterradora. En último término, se trata de afirmar el propio yo solitario y expansivo sobre y contra todos los límites que se

le puedan presentar, en cada sujeto a su manera y según su historia personal. El límite son los otros y a los límites se los pulveriza. Son otros en cuanto limitan y cuando limitan aunque ellos no sepan que limitan e, incluso, aunque no quieran limitar o no tengan nada que ver con los límites reales, pues éstos valen igualmente en cuanto tales aunque sean solamente fantaseados.

Se está manifestando algo que no conocíamos sino en casos particulares y como rareza y excepción: la identificación jactanciosa con la conducta criminal como si fuera una profesión cualquiera. “Yo lo que soy es malandro” le dijo un criminal a su víctima. Y la mató. “Yo soy malo ¿y qué?”, “somos los malos”, autoidentificaciones que eran propias de un adolescente rebelde o de su pandilla, pero que no pasaban de ahí, hoy se han convertido en la desinhibida afirmación de los individuos y los grupos sin paliativos, ni excusas, como una decisión personal y libre de emprender un camino que se asume como propio y definitivo.

Sobre la crueldad fríamente calculada y ejecutada que llega hasta más allá de la muerte, a la destrucción y profanación del cadáver, que se filma y distribuye luego grabada en discos, modalidad cada vez más frecuente, mucho habría que decir.

3.3.5. La violencia criminal como valor

Se dice que se pierden los valores. Los valores guían la conducta. Actuamos a la luz y bajo la égida de los valores que viven en lo profundo de nuestro ser. Valor es lo que se escoge y se prefiere; lo que se quiere. Valor es lo que se ama. Hay realidades que deben ser valores, que deben ser escogidas, preferidas, queridas, amadas por encima de muchas o de todas otras, aunque no siempre ni por todos lo sean. Esos son los valores necesarios pues, si no son valores, la existencia de la misma humanidad está en peligro. Sobre los valores necesarios se basa la moral, el sistema de normas que distinguen la conducta humanamente (en relación al hombre) buena de la conducta humanamente mala (dañina para el hombre).

Entre todos los valores, el valor supremo, absolutamente necesario, primero y último, es el hombre, la persona, cada persona. La persona no es un valor; es el valor, y punto. Ni siquiera Dios está por encima. Y esto no es una blasfemia. El mismo se ha puesto, como valor, a la altura del hombre cuando colocó en el mismo plano y convirtió en uno solo el doble mandamiento del amor a El y el amor al prójimo: “el segundo es como (no menos importante que) el primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt. 22,37-40).

Creencias, teorías, doctrinas políticas, religiosas, grupos de poder, coalición de intereses y muchos otros factores que se han convertido en valor por encima de la persona siempre ha habido en las sociedades y en las culturas, pero no siempre han dominado. Cuando lo han logrado, la guerra, la esclavitud, la muerte, el dolor se han instalado en ellas; el reino de la inmoralidad.

Hoy en Venezuela para los malandros su delito es el valor. Ya están en el reino de la inmoralidad. Cuando circula libremente el lenguaje de la muerte, de la antipersona, en el canto, en la imagen, en la palabra de los que liderizan la sociedad, se van sembrando las semillas de un futuro inhumano.

Todavía no ha llegado plenamente, pero se nos acerca. El valor persona aun vive en nuestro pueblo.

Sin embargo, la sociedad empieza a incorporar a sus sentimientos y a su manera de reacción la desvalorización de la persona del delincuente.

“Que se muera esa rata”. Dicen que se lo dijo un funcionario policial a quienes observaban, niños incluidos, --¿con indiferencia, con satisfacción, con compasión?—cómo se moría el malandro en plena calle. Había herido a otro funcionario en un brazo. A éste lo llevaron a una clínica, al otro lo dejaron desangrar en el asfalto.

4. Para concluir por el momento

Somos muchos los que en Venezuela queremos que los derechos de la persona, todos, estén por encima del poder, de los intereses, de las ideologías, de las pasiones, de las reacciones espontáneas, incluso de aquellas que genera la violencia más injusta y más detestable, los que estamos convencidos de que ninguna persona es rata por muy malandra que sea. La violencia desatada, descontrolada, aprobada y promovida, de una u otra manera, desde actores del poder, contaminada, se expande como un miasma por las entretelas de toda la sociedad inficionándola de venganza, retaliación, odio, deseos de muerte. Esto también es nuevo en Venezuela. Quizás ese sea su efecto más dañino.

Si a esto se añade el ejemplo, la tendencia se afirma y se extiende. Con la violencia no se nace ni la violencia se hereda. Esto dice la ciencia actual sobre el hombre y su conducta. Se nace con disposiciones a la excitación emocional que puede ser descontrolada –desinhibida– pero también controlada –inhibida–, encaminada a desahogarse en la violencia pero también en el amor. Que tome uno u otro camino depende del aprendizaje. Se aprende de muchas maneras y por muy variados procesos. Como dice Bandura, la mayoría de las conductas

que forman el repertorio de comportamiento de los humanos se adquieren por exposición a modelos, por aprendizaje social. El modelo no sólo exhibe la acción sino también la emoción con que la ejecuta, la posibilidad concreta que tiene de ponerla en práctica, las consecuencias de la misma, concomitantes, posteriores y futuras que tiene para él y la percepción que posee de ser capaz de llevarla a cabo. La lengua del violento habla, ya se ha observado, de lo que rebosa su corazón. Cuando la palabra ha sido pronunciada, está en el mundo exterior y circula, independiente del sujeto que la pronunció, produciendo efectos, acciones y consecuencias. Instaura realidades en donde no existían. Construye, así, subjetividades cuando entra por el oído y es acogida, pero también crea objetividades como cuando transforma personas en objetos. Esto es propio sobre todo de la palabra que adjetiva calificando, la que produce al pronunciarlo, el “cuál es” del otro, la cualidad que lo identifica. Cuando el adjetivo califica así a una persona, comunidad o grupo, deja de ser adjetivo en el sentido de accidente añadido a lo esencial y construye lo sustancial de esos seres humanos para instaurarlo en el medio como un objeto expuesto a las acciones y reacciones que su manera de ser provoca y estimula. Ha sido fabricado así y se encamina, quizás independientemente de las intenciones de su fabricante, a producir en la realidad lo que su propia identidad tiene como fin en sí misma. El autor lo instituyó no sólo en su constitución sino también en su forma, esos matices cualitativos que le dieron las circunstancias de pronunciación, fuerza, énfasis, ambiente, carga y tonalidad afectiva, para indicar algunos.

Numerosos controles internos, provenientes de la cultura, la religión y la ética, desarrollados a su vez por la educación mantienen inhibida la conducta violenta hacia los demás hombres en las personas. Para que se actúe la agresión de cualquier tipo, pero sobre todo la criminal, es necesario que por distintos procedimientos se facilite su desinhibición. Entre los muchos y variados, dos son preponderantes: la deshumanización del que ha ser víctima y su culpabilización. La palabra calificadora cargada de agresión, deshumaniza, esto es, permite percibir al otro como un ser no humano y lo culpabiliza, o sea, lo presenta como merecedor de castigo y hasta reo de muerte. Así, libera y facilita la actuación de la violencia.

En Venezuela conocíamos el discurso público y en público de la confrontación y de la fuerte disputa, política sobre todo, pero no el de la deshumanización del contrario, el de su reducción a la animalidad, el de la culpabilización extrema de las peores intenciones y los más criminales proyectos, un discurso, además, dotado de la más alta autoridad, cuya palabra lleva una potente carga de las emo-

ciones más violentas expresadas con todo el énfasis vocal y gestual. Un discurso que no se detiene, que se renueva y permanece, insistentemente incidiendo sobre toda la sociedad, un discurso encaminado intencionalmente a formar conciencia de incompatibilidad, una escalada de choque social en el que las personas se tienen que percibir como enemigas.

¿A la liberación de cuáles conductas puede conducir una palabra así que califica a todo un sector de la sociedad como el lugar donde está la miseria humana, el polo de la farsa, de la mentira y la antipatria? ¿Cuando tantos venezolanos no son compatriotas sino apátridas, no son personas sino fieras? ¿No desinhiben y facilitan la violencia términos como macacos, chusma, focas, y opto por lo suave?

Cuando las palabras disparadas como proyectiles entre dos ejércitos rebotantes de artillería verbal cruzan incesantemente los aires de este país, ¿no hemos de temer que la sangre realmente llegue al río y nos bañe a todos como ya está fluyendo en grupos que dejaron hace tiempo las palabras y dieron su voz a las pistolas y las granadas?

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Bandura, A. (1987), *Pensamiento y Acción*, Martínez Roca, Buenos Aires.
- Bizerra, F. (2010), *Ejército refuerza operativo policial en Rio de Janeiro*, El Universal, 27 noviembre.
- Briceño-León, R. (2010), en: *El Nacional* 31 diciembre., Caracas.
- Cedeño, L. (2010), en: *El Nacional*, 18 septiembre, Caracas.
- Curela, R. (2011), *Secuestro y robo masivo*, Notitarde, 17 enero
- Dávila Truelo, L. (2010a), *Le dieron un tiro tras aconsejar a un sujeto que guardara el arma*, El Universal, Sucesos, 16 noviembre.
- (2010b), *La sociedad venezolana muestra resentimiento, venganza y odio*, El Universal, 10 septiembre.
- EFE agencia (2010), *Violencia record en Venezuela*, 9 febrero. www.unpais.com
- EFE, (2010), *Seguidores de influyente narco desatan la violencia en Jamaica*, 24 Mayo.

- El Aisami, (2011), Parlamento, Comparece ante la AN, El Universal 8 febr. 2011
- El Mundo (2010), Detenido en las afueras de Kingston, 22 junio. www.elmundo.es
- Guerrero, S. (2011a), Homicida había matado a un hombre porque no le brindó un Trago, El nacional, Sucesos, 5 enero.
- (2011b), Matar por placer, El Nacional, Sucesos, 25 febrero.
- Hernández, A. (2009), Homicidas llegaron disparando, Diario Los Andes, 8 junio.
- Iglesias, M. I., (2010a), Maleantes cierran autopistas por ritos funerarios, El Universal, Sucesos, 10 febrero.
- (2010b), Tiroteo en una reunión, El Universal, Sucesos, 7 noviembre.
- (2010c), A San Blas llegaron a matar gente, el Universal, Sucesos, 19 diciembre.
- (2010d), Asesinan a mujer porque la música de la fiesta estaba alta, ElUniversal, Sucesos, 4 abril
- (2011a), Tiroteo en un cumpleaños, El Universal, Sucesos, 28 marzo.
- (2011b), “A mi esposo lo asesinaron simplemente por haber chocado”, ElUniversal, Sucesos, 20 abril
- (2011c), Lo mataron por un perro, El Universal, Sucesos, 4 enero
- Instituto Nacional de Estadística (2006), Informa Encuesta Nacional de Victimización y Percepción Policial 2006, noviembre 2006
- Instituto Nacional de Estadística (2010), Encuesta Nacional de Victimización y percepción de seguridad ciudadana 2009 (ENVPSC-2009), Documento Técnico. Caracas, mayo, 2010
- López, E. (2011), Violencia, cada vez son más los victimarios de 14,13 y 12 años, El Nacional, 20 enero
- Mayorca, J. I., (2010), Delincuentes actúan amparados en cortejos fúnebres, El Nacional, 7 marzo.
- Marcola, (2011), El Prisionero que logró poner de rodillas a toda una ciudad, La Nación, 12 mayo. www.lanacion.com.ar

- Maurera Barrios, D. (2010), Siete muertos en tiroteo de 16 horas, El Nacional, Sucesos, 6 enero.
- Molina, T. (2010a), Estudios, El Nacional, Sucesos, 31 diciembre.
- (2010b), Verbena terminó con tres muertos, El Nacional, Sucesos, 7 nov.
- Moreno, A., et Alt., (2009), Y salimos a matar gente, CIP, Caracas
- Moreno, A. (2007), Familia y Valores, *Heterotopía*, 2007, 27-43
- Naboa, R. (2010), Batalla campal en las favelas de Rio, AFP
- NN, (2011), “Ellos matan por matar”, El Nacional, sucesos, 17 mayo
- Ramírez, D. (2010), Tiroteo en una buseta, El Universal, Sucesos, 12 agosto.
- Ramírez, T. (2011a), Asaltaron a 38 estudiantes en la UCV, El Universal, Sucesos, 13 Mayo
- (2011b), Apuñalan y queman vivo a rapero, El Universal, Sucesos, 10 mayo.
- Rangel, C. (2011), Abrieron fuego contra todos, El nacional, Sucesos, 12 abril.
- Rodríguez, G. (2010a), Tras quince planes de seguridad, El Universal, 17 marzo. Caracas.
- (2010b), Balacera con strippers, El Universal, Sucesos, 14 febrero.
- Sayao, M. (2010), Retorna el miedo a los ataques de narcos en Rio de Janeiro, El Universal, 24 noviembre.
- Velandia, E., Guzmán, D (2011), Remataron a tiros dentro de la urna a asesino, El Universal, Sucesos, 14 enero.



UCAB



La Facultad de Teología de la UCAB, Universidad Católica «Andrés Bello» de Caracas, ofrece las siguientes opciones de carreras con los correspondientes certificados y títulos.

TÍTULOS CIVILES EXPEDIDOS POR LA UCAB
-UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO, DE CARACAS-

- **Licenciatura en Teología**, tras los seis años de estudios filosóficos y teológicos, como estudios de pregrado para obtener la Licencia.

- **Maestría en Teología**, tras los dos años de estudios especializados, en el área de postgrado en Teología con una de sus cuatro menciones:

- **Maestría en Teología Pastoral**
- **Maestría en Teología Espiritual**
- **Maestría en Teología Bíblica Pastoral**
- **Maestría en Teología Fundamental**

Para el acceso a los estudios de las Maestrías, se exigen estudios de pregrado en Teología con el título correspondiente; o haber cursado la nivelación teológica ofrecida en el **Programa de Estudios Avanzados en Teología** o su equivalente en el área de postgrados.

Estos estudios están abiertos especialmente al laicado católico con títulos universitarios y se tienen en la sede del mismo ITER de Caracas. Puede verse mayor información a propósito del CIET aquí mismo en esta revista.

Para mayor información dirigirse a ITER- Instituto de Teología para Religiosos, 3ª Avenida con 6ª Transversal (E. Benaim Pinto) Altamira. Apartado de Correos 6886 Caracas 1061-A. o llamar a los teléfonos (0212) 261.85.84. Fax (0212) 265.05.05. E-mail: contacto@iier-ups.org.